

D. ANDRÉS.—A dónde te ha llevado tu mala cabeza!...

MARCELO.—Mi mala cabeza?... la sociedad, papá, la sociedad que tú tanto respetas!

D. ANDRÉS, *abrazando a Marcelo*.—Hijo mío!... Ha resultado lo que yo temía.

ROBERTO.—Lo que todos esperábamos.

D. ANDRÉS.—No habrá modo de evitarlo!

MARCELO.—Imposible... Le he arrebatado la felicidad a un hombre; no era ese mi deseo: las circunstancias, los caprichos de una mujer me la entregaron...

D. ANDRÉS.—De manera que es verdad, y así consentías que tu padre visitara esa casa?

MARCELO.—El secreto no era sólo mío. La indiscreción, aun contigo, hubiera sido una felonía.

ROBERTO.—En realidad.

D. ANDRÉS.—Hiciste bien en no advertirme nada.

Manchaste el honor de un hogar... has destruido una alegría, y te llaman a dar una reparación... acude, aunque vaya en ello tu vida.

MARCELO.—Nada he manchado... Vivía mi vida sencillamente y me obligan a vivir otra... No tengo derecho para perderla; ni tengo derecho de quitársela a nadie. Y hay más, no debo perder la mía, porque mañana tengo que arrebatar de las fauces del presidio a un desgraciado, a aquél que mató por celos a su mujer...

D. ANDRÉS.—Conozco tu sangre fría y sé que el orgullo y la educación no dejan en tí lugar al miedo. Lo sé, y mi cariño me da la esperanza... Pero, hijo mío, no olvides que vas a jugarte la vida... que un lance de éstos puede trincar para siempre tu porvenir... Aprovecha esta prueba. Proponete cambiar de modo de ser... deja tu aislamiento... hazte como todos...

Eres joven, talentoso y fuerte; estás en la obligación de vivir.

MARCELO, *con una sonrisa fría*.—Quién piensa en la muerte! Si laborar, correr peligros, imponerse, triunfar, ser vencido, es acopiar sensaciones; es renovarse, y nuestro siglo repite a grandes voces que renovarse es vivir!

D. ANDRÉS.—Veo en la sinceridad de tus palabras que no tienes conciencia del peligro...

La demasiada confianza te pierde. Vas a exponer la vida, y, sin embargo, no quieres

sacar de esta ruda prueba ni siquiera el propósito de una existencia nueva... si sales con bien.

Cuando dos hombres del temple de Ernesto y de la serenidad tuya, se encuentran frente a frente, con una pistola en la mano, las probalidades son iguales, y es casi seguro que haya un cadáver...

ROBERTO.—O que haya unas balas perdidas...

MARCELO, *a don Andrés*. Nada de eso se me oculta: la Realidad se impone. Y, sin embargo, iré. No creo que haya que dar la vida por haber amado a una mujer ni creo que haya obligación de exigirme la vida porque la haya amado. Pero mis teorías son unas, y los actos a que me obliga una civilización caduca, son otros. Yo no soy responsable de haber nacido con impulsos de renovación en esta época de convencionalismos y de concesiones, en la que aquel que no se bate es un cobarde: son las crisis dolorosas de toda iniciación!

ROBERTO.—Y es que somos más débiles que nuestro tiempo.

D. ANDRÉS.—En fin, a nada conduce discutir en estos momentos...

Quiero sí, que el cirujano sea de mi confianza.

ESCENA V

Dichos, mas DOÑA ANTONIA y LUZ,
que entran por el foro.

DOÑA ANTONIA.—Gracias a Dios, Andrés, que lo encuentro! No sabe cómo lo he buscado!

D. ANDRÉS.—Ustedes por aquí...

MARCELO, *se adelanta a saludar a doña Antonia; después a Luz. Roberto hace lo mismo*.—Señora...

Luz...

LUZ

Marcelo...

ROBERTO

Muy buenas...

Con disimulo cierra la caja de pistolas.

DOÑA ANTONIA, *a don Andrés*.—Quiero que cumpla la promesa que me hizo.

D. ANDRÉS, *frunciendo el ceño*.—¿Cuál?

DOÑA ANTONIA.—Ir conmigo para que hablemos con el arquitecto que hizo el plano del Hospicio de Huérfanos.